

EL ALBA

El Herald de la Presencia de Cristo



La Revista El Alba

Febrero de 2026

Índice

EL ARTÍCULO PRINCIPAL.....	2
LA PIEDRA QUE AÚN ES RECHAZADA.....	2
LOS ESTUDIOS BÍBLICOS	14
EDIFICAR EL CUERPO DE CRISTO.....	14
EL BAUTISMO CRISTIANO	17
EL DÍA DE REPOSO	20
VIVIR GENEROSAMENTE	23
VIDA Y DOCTRINA CRISTIANAS	26
UN NUEVO PACTO.....	26

¡Siga en su Biblia!

La piedra que aún es rechazada

«La piedra que desecharon los constructores se ha convertido en la piedra angular».

Mateo 21:42

Nos acercamos a la época del año en que el mundo cristiano comenzará a centrar su atención en los graves acontecimientos que tuvieron lugar en Judea hace casi dos mil años, y que culminaron con el arresto, el juicio y la crucifixión de Jesús, el Hijo de Dios, que vino al mundo para ser el Mesías y el Rey prometido.

Los comentaristas nos dicen que nunca ha habido un período en la historia de la humanidad como las últimas décadas, en las que han ocurrido tantos acontecimientos destacados que han cambiado el curso de la historia. Sin embargo, esto no es cierto si lo comparamos con el nacimiento, el ministerio, la muerte y la resurrección de Jesús. Estos acontecimientos, aunque asociados principalmente a una sola personalidad, ya han sacudido al mundo y están destinados a cambiar el curso y las perspectivas de la humanidad en un grado mucho mayor en el futuro que en el pasado.

Jesús rechazado

Está escrito de Jesús que «vino a su propio pueblo, y aun así lo rechazaron» (Juan 1:11). Esta fue la causa inmediata de la persecución que provocó su cruel y prematura muerte. «Su propio pueblo» era la nación de Israel. Muchas personas del pueblo se regocijaron con su mensaje y, unos días antes de su crucifixión, lo aclamaron con entusiasmo como rey (Juan 12:12-15). Sin embargo, no fue así con los líderes religiosos. Estos odiaban envidiosamente al Maestro y finalmente lograron que lo arrestaran y crucificaran. Juan 15:25

Jesús era plenamente consciente de que los escribas y los fariseos lo odiaban. En una ocasión, cerca del final de su ministerio, les contó una parábola que se ajustaba tan bien a las circunstancias que incluso ellos percibieron su significado. Sin embargo, su ira aumentó y se mostraron más decididos que nunca a matarlo. La parábola trataba de un propietario que plantó una viña y luego la dejó al cuidado de unos labradores mientras él se marchaba a un país lejano. Cuando llegó el momento de recoger los frutos, el propietario envió a sus siervos a la viña, pero los labradores a quienes había dejado a cargo mataron a algunos de ellos y maltrataron a los demás. Finalmente, el propietario envió a su propio hijo, pensando que los labradores lo respetarían, pero no fue así. También lo mataron. Mateo 21:33-46

El dueño de la casa en esta parábola era Jehová, y la viña era la nación judía. Los labradores eran los

gobernantes religiosos de la nación, y los siervos que fueron enviados primero para representar al dueño de la casa eran los profetas. El relato dice que los gobernantes religiosos mataron a los profetas y apedrearon a los que fueron enviados por Dios (Mateo 23:37). Ahora planeaban matar al Hijo que el Padre Celestial había enviado.

Después de relatar la parábola, cuya aplicación era tan obvia, Jesús citó la profecía sobre la piedra que los constructores rechazaron: «¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que los constructores rechazaron, se ha convertido ahora en la piedra angular: Esta es la obra del Señor y es maravillosa de ver. Les digo que el Reino de Dios les será quitado y será dado a un pueblo que produzca los frutos que él espera. Quien tropiece con esa piedra será destrozado, y sobre quien caiga, lo aplastará». Mateo 21:42-44; Salmo 118:22, 23

Jesús mismo era esa piedra que los constructores —los líderes religiosos de Israel— rechazaron. El profeta Isaías predijo una de las razones, diciendo: «No había nada hermoso ni majestuoso en su apariencia, nada que nos atrajera hacia él» (Isaías 53:2). En realidad, por supuesto, Jesús era perfecto, «santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores» (Hebreos 7:26). Era bondadoso y compasivo, y se dedicaba a hacer el bien. Sanaba a los enfermos y resucitaba a los muertos. Animaba a los desanimados y mostraba misericordia a los pecadores. Condenó al fariseo que dio gracias a Dios por no ser como el publicano y elogió al publicano porque reconoció su propio pecado y pidió

humildemente perdón a Dios. Hechos 10:38; Mateo 11:5; Lucas 18:9-14

Sin embargo, estas no eran las cualidades que los escribas y fariseos buscaban en aquel a quien aceptarían como su Mesías y Rey. Querían un Mesías que no expusiera sus malas prácticas como lo hacía Jesús. Deseaban a alguien a quien pudieran controlar como una especie de rey títere, bien cualificado como general para levantar y comandar un ejército conquistador, pero satisfecho con dejarles gobernar y explotar al pueblo como ellos quisieran. Así que, desde su punto de vista, Jesús no tenía ninguna belleza que les hiciera desearlo.

Para los escribas y fariseos, Jesús no se ajustaba a sus deseos en cuanto al Mesías prometido. La ilustración de la piedra que se convirtió en la cabeza del ángulo sugiere la construcción de una estructura. La piedra angular era el punto de partida de los cimientos, y el resto de los cimientos se alineaban y cuadraban con esta piedra. Jesús no solo era la piedra angular del templo espiritual, sino que era la «cabeza de la esquina e », es decir, era la piedra más alta que unía toda la estructura. Así, los constructores, al no comprender el tipo de edificio que Dios estaba erigiendo, rechazaron a Jesús. No encontraban lugar para él en sus propios planes y se negaban a escuchar el plan de Dios.

Exaltado por Dios

Todas las trágicas experiencias que rodearon la vida de Jesús se debieron a que los constructores lo

rechazaron. Sin embargo, su exaltación a la gloria celestial tras su sufrimiento y muerte fue el cumplimiento de la profecía de que la piedra rechazada se convertiría en la piedra angular. Él no sería la cabeza de la antigua casa judía, que los escribas y los fariseos habían deformado y retorcido tan miserablemente con sus métodos de construcción egoístas, sino de una nueva casa, una casa espiritual. Siendo esto cierto, era apropiado y esencial que la piedra angular se proporcionara primero para la nueva casa, de modo que toda la estructura pudiera ajustarse al plan y al propósito de Dios.

Hablando del fiel y resucitado Jesús, el apóstol Pedro dice lo siguiente: «Al acercarse a él, la Piedra viva, rechazada por los hombres pero elegida por Dios y preciosa para él, ustedes también, como piedras vivas, están siendo edificados como casa espiritual para ser un sacerdocio santo, ofreciendo sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Cristo. Porque en la Escritura está escrito: He aquí, pongo en Sion una piedra, una piedra angular escogida y preciosa, y el que confía en ella nunca será avergonzado. Ahora bien, para ustedes que creen, esta piedra es preciosa. Pero para los que no creen, la piedra que los constructores rechazaron se ha convertido en la piedra angular, y en una piedra que hace tropezar y una roca que los hace caer. Tropezan porque desobedecen el mensaje, que es también lo que estaban destinados a hacer. Pero ustedes son un pueblo escogido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios, para

que proclamen las virtudes de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable. Antes no eran pueblo, pero ahora son pueblo de Dios; antes no habían recibido misericordia, pero ahora han recibido misericordia. 1 Pedro 2:4-10

La nueva nación

Cuando Jesús les hizo saber a los escribas y fariseos que la piedra que rechazaban se convertiría en la piedra angular, añadió: «Les digo que el Reino de Dios les será quitado y será dado a un pueblo que produzca los frutos que convienen». (Mateo 21:43). En la lección que hemos citado de Pedro, en la que se refiere a la piedra y al nuevo edificio que comenzó a erigirse con Jesús como la piedra angular, también nos habla de la nación a la que Jesús dijo que se le daría el reino. Dijo: «Ustedes [la iglesia] son... una nación santa». 1 Pedro 2:9

La nación de Israel podría haber sido la nación real o el reino de Dios. En Éxodo 19:5,6, leemos la promesa de Dios a Israel si obedecían sus leyes. «Ahora bien, si me obedecen y guardan el pacto, serán mi tesoro especial entre todos los pueblos de la tierra, porque toda la tierra me pertenece. Y ustedes serán mi reino de sacerdotes, mi nación santa. Este es el mensaje que deben dar al pueblo de Israel». Las promesas se hicieron originalmente a esta nación. Sin embargo, debido a que rechazaron a los profetas y finalmente mataron al Hijo de Dios, se les quitó el reino y, comenzando con Jesús como la piedra angular, Dios comenzó a crear una nueva nación. Son muchas las promesas,

especialmente en el Nuevo Testamento, que se refieren a aquellos que pasan a formar parte de esta nueva nación espiritual. «Si sufrimos, también reinaremos con él», es una de ellas. 2 Timoteo 2:12

La obra de Dios desde el Pentecostés ha sido llamar y seleccionar a aquellos que reinarán con Cristo e e en ese reino milenario (Revelación 20:6). Será un reino real, aunque este hecho se haya perdido de vista durante mucho tiempo en gran parte del mundo cristiano, pero los apóstoles y la Iglesia primitiva lo entendían. De hecho, creían que este glorioso reino del Mesías estaba cerca. Sabían que Jesús volvería para establecer ese reino en la tierra, poniendo fin a la larga noche de llanto y muerte de la tierra. Pablo escribió: «La noche está por terminar; el día está cerca». Romanos 13:11, 12

Este será el día que resultará del reinado de Cristo, quien ha sido exaltado a la cabeza de la esquina en la estructura del reino mesiánico. De hecho, este es el día que el Padre Celestial traerá. Es obra suya, y «es maravilloso a nuestros ojos». (Mateo 21:42). El día del reino de bendición no será una utopía concebida por los humanos, sino un día de luminosidad y alegría que resultará del amanecer del «Sol de justicia», que se levantará «con sanidad en sus alas». Malaquías 4:2

La visión perdida

Poco después de que los apóstoles fallecieran, la visión de la esperanza del reino comenzó a desvanecerse. Dos puntos de vista erróneos se

desarrollaron gradualmente para ocupar su lugar en los corazones de los cristianos. El primero era que el reino de Dios sería establecido por la iglesia uniéndose a los poderes civiles. El mundo que se profesa cristiano sabe ahora cuán miserablemente ha fracasado eso. Más tarde se desarrolló la teoría errónea de que el reino al que se refiere la Biblia es simplemente una influencia justa ejercida de manera en los corazones y las vidas de los creyentes. Se afirma que cuando todo el mundo se convierta a una vida justa, el reino habrá llegado plenamente.

Se han realizado grandes y extensos esfuerzos misioneros para convertir al mundo, especialmente durante el último siglo y medio, con la esperanza de hacer realidad la promesa del reino. Ahora se está empezando a reconocer poco a poco que este punto de vista es tan decepcionante como lo fue la teoría de la iglesia-estado. Debido a esto, muchos admiten ahora que realmente no conocen el significado del cristianismo, ni si ha tenido éxito o ha fracasado. Esto queda patente en lo siguiente, escrito hace varias décadas por el difunto Dr. Charles W. Ranson, secretario general del Consejo Misionero Internacional, y publicado en la revista *Christian Century*.

«Cada vez se reconoce más que no encontraremos respuestas a algunas de las preguntas más desconcertantes de la práctica misionera contemporánea hasta que logremos una nueva claridad sobre el significado cristiano de la historia. ¿Qué esperamos que suceda gracias a la predicación misionera de la Iglesia? ¿Cuál es el

significado de la esperanza cristiana, dentro de la historia y más allá de ella? ¿Y cuál es la relación de esta esperanza con nuestra vocación misionera? En cierto sentido, la crisis contemporánea de las misiones se deriva del reconocimiento de que realmente no sabemos las respuestas a estas preguntas, o al menos que las respuestas que ofrecemos convencionalmente son totalmente inadecuadas».

«Interpretar este renovado interés por la escatología [el destino de la humanidad] simplemente como una forma de escapar de los problemas prácticos que se han vuelto demasiado difíciles de resolver es malinterpretarlo por completo. Estas preguntas son, más bien, el resultado de un nuevo realismo que reconoce la naturaleza catastrófica de la historia y busca una respuesta a ella a la luz de la plenitud de la Revelación cristiana y la esperanza cristiana. Son un intento de someter toda la empresa histórica de las misiones cristianas al juicio de la Palabra de Dios».

«Es aquí, efectivamente, donde se cierne sobre nosotros el juicio presente de Dios. Es muy posible que lo que el Señor nuestro Dios más nos pide en este momento sea un examen penitente de aquellas cosas en las que hemos fallado en la simple obediencia: las ideas que hemos ignorado, las convicciones que no hemos tenido la fuerza o el valor de aplicar. Sin duda, será un camino difícil. Pero bien puede ser el camino que conduzca a la resurrección y la renovación, no solo para el movimiento misionero, sino para toda la iglesia».

«Por lo tanto, estoy profundamente convencido de que lo que Dios nos pide no es una estrategia misionera grandiosa, ni un plan central pretencioso, sino un humilde retorno a la Palabra de Dios, en la que nos encontramos una vez más con nuestro Juez y nuestro Salvador y recibimos de nuevo nuestro mandato y nuestras órdenes de marcha».

He aquí una franca confesión de frustración. Es un humilde reconocimiento de la falta de conocimiento de los propósitos de Dios y de la labor que debe realizarse e o a través de la iglesia. Esto no proviene de un laico desconocido, sino de un doctor en Teología, graduado de la Universidad de Oxford, secretario general del Consejo Misionero Internacional y autor de numerosos libros y artículos sobre la labor misionera cristiana. Ante la cruda realidad de que los esfuerzos misioneros de la iglesia estaban fracasando, recomendó encarecidamente que todos volvieran a la Palabra de Dios para descubrir lo que Él realmente quiere que hagan. Si las observaciones del Dr. Ranson eran ciertas hace varias décadas, cuánto más lo son hoy en día, cuando describen la necesidad de la iglesia de volver a la Palabra de Dios: la Biblia.

Jesús dijo a los fariseos que habían invalidado la Palabra de Dios con sus propias tradiciones, las tradiciones de los hombres (Marcos 7:6-9). Ahora la historia se ha repetido. Las tradiciones y las ideas de la humanidad caída, en lugar de la Palabra de Dios, guían cada vez más los sistemas eclesiásticos y sus enseñanzas.

A lo largo de los siglos, diversas tradiciones de los hombres han intentado invalidar la Palabra de Dios. La tradición de la Iglesia y el Estado ciertamente lo hizo, y aunque ahora esa idea es generalmente mal vista, ha dejado su huella en el pensamiento religioso. Hoy en día, en muchos países, destacados líderes religiosos instan a influir en el gobierno civil para que apruebe leyes que, según se cree, apoyarán sus respectivas ideas.

Una de las tradiciones humanas más engañosas es la idea de que el reino prometido de Dios es algo que debe establecerse mediante los esfuerzos humanos. Consciente o inconscientemente, este concepto erróneo rechaza a Jesús como la piedra angular con la misma rotundidad con que lo rechazaron los fariseos. Ellos querían su propio reino. Los líderes religiosos de hoy han perdido de vista el plan de Dios de establecer un reino. Tienen poca o ninguna fe en la idea de que el poder divino se ejercerá para tomar el control de la tierra. Alaban a Jesús como hombre, pero prestan poca atención a las enseñanzas de la Palabra de Dios de que él será el Rey de la Tierra y gobernará con «poder sobre todas las naciones». Revelación 2:26, 27; Salmo 2:6-10; 1 Corintios 15:22-25

Jesús, la piedra angular

El juicio cayó sobre la nación de Israel, y el juicio caerá sobre el mundo en el momento oportuno y a la manera de Dios. Toda la cristiandad llorará por no haber logrado los propósitos concebidos humanamente. A medida que su casa se derrumba,

Jesús, el Rey prometido de la tierra, la piedra angular de su nueva casa espiritual que ha estado construyendo, pronto comenzará su justo gobierno. Verdaderamente es obra de Dios y es maravillosa a nuestros ojos. Los seguidores asidos del Maestro, al ver las señales del reino que se acerca, pueden decir con sinceridad: «Este es el día que hizo el Señor; nos regocijaremos y nos alegraremos en él». Salmo 118:24

Regocijémonos, no porque las iglesias estén fallando, sino porque sabemos que Dios tiene un plan mejor para la conversión del mundo. Su plan será gloriosamente exitoso y dará como resultado la bendición prometida para todas las naciones de la tierra. (Génesis 22:18; Hechos 3:25). Regocijémonos en el conocimiento y la convicción de que el día que el Señor ha prometido será uno de creciente brillo y alegría. Terminará en una gloria para él que llenará la tierra como las aguas cubren el mar, no por los esfuerzos humanos, sino porque será obra suya. Habacuc 2:14

Esto es verdaderamente maravilloso a los ojos de todos aquellos que se regocijan en el Dios de nuestra salvación y aceptan humildemente a Cristo, la piedra angular, como su ejemplo, salvador y rey.

Edificar el cuerpo de Cristo

Versículos clave: «Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo».

Efesios 4:11, 12

***Escritura seleccionada:
Efesios 4:11-16***

Al comienzo de este capítulo, Pablo implora a los creyentes que «vivan una vida digna del llamamiento que han recibido» (Efesios 4:1). Esto se refiere a la conversión al cristianismo. La vocación de un verdadero cristiano va más allá de las ocupaciones ordinarias. Implica abrazar y exhibir los valores de la fe, el amor, el perdón, el servicio, el sacrificio y la unidad en todos los aspectos de la vida.

«Esforzaos por mantener la unidad del espíritu en el vínculo de la paz. Hay un solo cuerpo y un solo espíritu, así como también fuisteis llamados en una sola esperanza de vuestra vocación; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, y por todos, y en

todos vosotros» ((Efesios 4:3-6) . Estos versículos enfatizan que no debe haber espíritu de sectarismo entre los cristianos devotos. Todos ellos reconocerán a Cristo como su líder y que el Padre eterno es el Creador o la Causa Primera. Por lo tanto, la idea de una trinidad de dioses coiguales es contraria a las Escrituras.

Después de que Cristo ascendió a los cielos, el espíritu santo descendió sobre la Iglesia primitiva en el día de Pentecostés. (Hechos 1:1-4, 9-14; 2:1-4). En ese momento, se impartieron diversos dones a los seguidores del Maestro, especialmente a los apóstoles, que eran representantes de Dios inspirados divinamente. Las cosas que enseñaron y escribieron tenían por objeto guiar a los creyentes consagrados a lo largo de su estancia en la tierra. Efesios 4:7-10

Nuestros versículos clave describen los oficios espirituales de liderazgo que el Señor estableció para equipar a los santos de la edad evangélica en su obra de ministerio, tal como Dios lo había ordenado. Pablo dice que este ministerio era para la «edificación [o construcción] del cuerpo de Cristo». Muchos han apreciado el privilegio de responder a la invitación de convertirse en coherederos con Cristo en su reino venidero en virtud de su consagración y engendramiento del espíritu. En la actualidad, estos cristianos se reúnen en reuniones, convenciones y compañerismo, y se dedican al estudio personal y la oración mientras se esfuerzan por cumplir fielmente su pacto de sacrificio.

Qué bendecidos somos por haber recibido el gran privilegio de consagrar nuestras vidas ahora, en este «tiempo aceptable» (2 Corintios 6:2). Es una oportunidad que desafía toda descripción. Grande debe ser nuestra humildad, que reconoce una perspectiva tan exaltada a la que nosotros mismos nunca podríamos aspirar.

En estos «últimos días», podemos reflexionar sobre la maravillosa herencia que supone haber llegado al conocimiento y la apreciación de la «verdad presente» (2 Pedro 1:12, 13). Las numerosas enseñanzas aceptadas por los miembros de nuestra comunidad reflejan el magnífico carácter del Padre Celestial. Sin embargo, debemos recordar que el objetivo último de haber recibido tal entendimiento no es simplemente darnos un conocimiento intelectual del plan de Dios. Más bien, además, es ayudarnos en el proceso de transformación, para que, a través de la influencia santificadora del espíritu santo, podamos desarrollar un carácter semejante al de Cristo y buscar la «edificación del cuerpo de Cristo».

Dediquémonos con gran diligencia a estas cuestiones para asegurar nuestro llamamiento y nuestra elección. Si somos fieles, finalmente participaremos en la obra de reconciliar a la humanidad con el Padre Celestial, al ser restaurada a la perfección que se perdió en el Edén. 2 Pedro 1:10, 11

El bautismo cristiano

Versículo clave: «Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del espíritu santo».

Mateo 28:19

Escrituras seleccionadas:

Mateo 3:13-17; 28:18-20

El bautismo cristiano es el medio por el cual una persona hace una profesión pública de fe y discipulado. Al seguir el ejemplo de Cristo durante su primera venida, estas personas generalmente simbolizan su compromiso públicamente mediante la inmersión en agua. Dar tal testimonio implica su compromiso de conocer y hacer la voluntad del Padre Celestial, sea cual sea, incluso hasta la muerte. Romanos 12:1, 2; Revelación 2:10

Inmediatamente después de que Jesús fuera bautizado por Juan en el río Jordán, «se le abrieron los cielos y vio al espíritu de Dios descender como una paloma y posarse sobre él» (Mateo 3:16). Nuestro Señor pudo entonces conectar plenamente sus experiencias como humano con las que disfrutó anteriormente, antes de venir a la tierra para dar su vida como el rescate por Adán y todos los pecadores. (1 Timoteo 2:5, 6). Hubo una confirmación audible por parte de Dios de que le complacía que su amado Hijo se embarcara voluntariamente en este camino de entregar su vida

para rescatar a la raza moribunda. Una voz e e desde el cielo dijo: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia». Mateo 3:17

Después de demostrar su fidelidad hasta la muerte en su ministerio terrenal, Cristo experimentó la resurrección y fue exaltado a la naturaleza divina. (Filipenses 2:9, 10). Aunque ya no estaría físicamente presente entre ellos, deseaba dar a sus discípulos la seguridad de que seguiría fortaleciéndolos. Antes de su ascensión al cielo, leemos sus palabras de despedida: «Entonces los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Y cuando lo vieron, lo adoraron; pero algunos dudaron. Y Jesús se acercó y les habló, diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra». Mateo 28:16-18

La siguiente es una promesa inspiradora que se refiere a la gran recompensa que obtendrán todos los miembros obedientes y fieles del cuerpo de Cristo, aquellos que han sido «bautizados en su muerte». (Romanos 6:3-5). «Entonces miré, y vi al Cordero de pie sobre el monte de Sion, y con él a 144 000 que tenían su nombre y el nombre de su Padre escrito en la frente. Y oí una voz del cielo como el estruendo de muchas aguas y como el estruendo de un fuerte trueno. La voz que oí era como la de arpistas que tocaban sus arpas. Y cantaban un cántico nuevo delante del trono, delante de los cuatro seres vivientes y de los ancianos. Nadie podía aprender el cántico, sino los 144,000 que habían sido redimidos de la tierra. Estos son los que no se contaminaron con mujeres,

pues se mantuvieron vírgenes. Siguen al Cordero por dondequiera que va. Fueron comprados de entre los hombres como primeros frutos para Dios y para el Cordero». Revelación 14:1-4

Que la urgencia del momento nos dé un vigor renovado para apreciar y aplicar en nuestras vidas aquellos principios que nos permitirán hacernos eco de las palabras de uno de nuestros ilustres precursores, el apóstol Pablo. «He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he guardado la fe. Ahora me espera la corona de justicia, que el Señor, el juez justo, me otorgará en aquel día, y no solo a mí, sino también a todos los que han anhelado su aparición». 2 Timoteo 4:7,8

El día de reposo

Versículo clave: «Porque en seis días hizo el Señor los cielos y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, pero en el séptimo día descansó. Por eso bendijo el Señor el día de reposo y lo santificó». Éxodo 20:11

***Pasajes bíblicos seleccionados:
Éxodo 20:8-11; Romanos 14:5, 6***

La institución del sábado se remonta en las Escrituras al relato de la creación y su culminación (Génesis 2:1-3). En ese momento, Dios había terminado su diseño de preparar la tierra para que fuera habitada por los seres humanos tras seis largos períodos, o «días». El Creador cesó en esta actividad después de que nuestros primeros padres fueran creados «a imagen de Dios; varón y hembra los creó». Génesis 1:27

Siglos más tarde, tras la liberación de los israelitas de la esclavitud egipcia, el Padre Celestial estableció una serie de normas divinas que debían cumplir para recibir su favor y sus bendiciones como pueblo del pacto. Una de estas leyes era apartarse de las actividades seculares para adorar y honrar especialmente a Dios por todas sus provisiones en su favor.

El siguiente relato especifica varias características de este día sagrado. «Acuérdate del día del sábado por lo santificar. Seis días trabajarás y harás toda tu obra, pero el séptimo día es sábado para el Señor tu Dios. No harás en él obra alguna, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu animal, ni el extranjero que reside en tus ciudades». Éxodo 20:8-10

El sábado semanal se estableció como parte de los Diez Mandamientos dados exclusivamente a la nación de Israel. Sin embargo, nuestro versículo clave implica que todas las personas, incluidos los cristianos devotos, deben dedicar tiempo a alabar y dar gracias al Creador por las muchas bendiciones que les ha concedido.

Pablo vio con gran claridad que la Iglesia primitiva se encontraba en un período de transición durante su ministerio. Lo que antes era obligatorio según la ley mosaica no se aplicaba a los judíos que se habían convertido a Cristo, ni a los gentiles que nunca habían estado sujetos a esta restricción. He aquí una de sus citas: «Uno considera un día más sagrado que otro; otro considera que todos los días son iguales. Cada uno debe estar plenamente convencido en su propia mente. Quien considera un día como especial, lo hace para el Señor. Quien come carne, lo hace para el Señor, porque da gracias a Dios; y quien se abstiene, lo hace para el Señor y da gracias a Dios». Romanos 14:5,6

En estos versículos, Pablo parece indicar que un judío podría, por convicción religiosa, optar por observar el sábado. Sin embargo, sería un engaño

que los creyentes aceptaran a Cristo, pero también se sintieran obligados a obedecer las condiciones asociadas a la Ley , como guardar literalmente el sábado de Israel. Para el cristiano, todos los días deben ser un día de «sábado» de devoción y alabanza a nuestro Padre Celestial.

Entrar en el sábado de descanso de Dios implica fe, obediencia, rendición y confianza en Cristo. Abarca paz, seguridad, salvación y alivio de la lucha por la justicia propia. El descanso de Dios es tanto presente como eterno. Entramos en él confiando en sus preciosas promesas, obedeciendo los mandamientos de las Escrituras y echando nuestras cargas sobre el Señor. Al esforzarnos por vivir con fe y obediencia, podemos experimentar el descanso de Dios cada día, mientras esperamos con ilusión el descanso eterno prometido en la «primera resurrección» si somos «fieles hasta la muerte». Hebreos 4:9-11; Revelación 20:6; 2:10

Vivir generosamente

Versículo clave: «Porque ya conocéis la gracia de nuestro Cristo Jesús, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fuerais enriquecidos». 2 Corintios 8:9

***Escritura seleccionada:
2 Corintios 8:1-15***

En la lección de hoy, Pablo aborda el tema de animar a los creyentes a participar en una colecta para los santos de Jerusalén. Sus palabras proporcionan valiosas ideas sobre el corazón y las motivaciones que hay detrás de la generosidad. El apóstol pone como ejemplo a los hermanos de Macedonia, que dieron sacrificialmente, a pesar de su propia pobreza, como modelo a imitar por los corintios.

Pablo escribe: «Ahora quiero que sepan, queridos hermanos y hermanas, lo que Dios, en su bondad, ha hecho a través de las iglesias de Macedonia. Están siendo probados por muchas tribulaciones y son muy pobres. Pero también están llenos de abundante alegría, que se ha desbordado en rica generosidad. Porque puedo dar testimonio de que no solo dieron lo que podían, sino mucho más. Y lo hicieron por su propia voluntad. Nos rogaron una y otra vez que les concediéramos el privilegio de

participar en el don para los creyentes de Jerusalén». 2 Corintios 8:1-4

El pasaje anterior desafía la idea común de que uno debe tener abundantes recursos para poder dar. Los macedonios no esperaron hasta tener un excedente, sino que dieron sacrificialmente incluso en su momento de necesidad. Esto debería hacernos replantearnos nuestras propias perspectivas sobre este tema y considerar las formas en que podemos contribuir a las necesidades de los santos, independientemente de nuestra situación financiera. Esto nos recuerda a la viuda que dio una pequeña ofrenda, pero fue elogiada por Jesús por dar todo lo que tenía. Marcos 12:41-44

Dar siempre debe ser algo voluntario. Todos los cristianos devotos deben sentirse motivados a dar generosamente por la gracia de Dios. Esto debe venir de su propio corazón, de lo contrario no es agradable a Dios. Aunque los macedonios no tenían mucho, deseaban desesperadamente compartir lo que tenían. Le rogaron a Pablo que les permitiera participar. ¡Qué ejemplo de generosidad!

Nuestro versículo clave nos da una lección aún mayor. Nos recuerda que el espíritu de benevolencia se manifestó en nuestro Señor en su máxima expresión por su humildad al renunciar voluntariamente a su vida espiritual para venir a la tierra como hombre. Lo hizo para dar su vida humana como el rescate y así comprar al mundo entero de la humanidad debido al pecado original de Adán. Romanos 5:18, 19; 1 Timoteo 2:5, 6

Los cristianos entendemos que una de las pruebas de que hemos pasado de la muerte a la vida es que amamos a los hermanos. Además, así como Cristo dio su vida por nosotros, nosotros debemos hacer lo mismo por los hermanos. En otras palabras, debemos hacer todo lo que podamos para ayudarles a asegurar su vocación y elección. 1 Juan 3:14, 16; 2 Pedro 1:10

Las Escrituras abundan en lecciones que ilustran la compasión que debemos tener hacia los hermanos en sus momentos de necesidad, así como hacia el mundo de la humanidad cuando tengamos la oportunidad. Que nuestras vidas reflejen cada vez más nuestro aprecio por la siguiente exhortación de Pablo: «Por lo tanto, mientras tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y especialmente a los de la familia de los creyentes». Gálatas 6:10

Un nuevo pacto

«He aquí, vienen días, dice el Señor, en que haré un nuevo pacto con la casa de Israel... Pondré mi ley en su interior y la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo».
Jeremías 31:31, 33

El pacto es un contrato o acuerdo entre dos partes. La expresión «nuevo pacto» en nuestro texto inicial implica que había un «antiguo» pacto. Este era el Pacto de la Ley, que Dios dio a la nación de Israel, a través de Moisés, en el monte Sinaí. (Éxodo, capítulos 19-24; Hebreos 8:13). El apóstol Pablo explica que las muchas características del Pacto de la Ley eran una «sombra de las cosas celestiales» y de «las cosas buenas que están por venir», bajo un futuro Nuevo Pacto. Hebreos 8:5; 10:1

Las promesas del Nuevo Pacto tienen su origen en el Pacto con Abraham, en el que Dios prometió a Abraham: «En tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra» (Génesis 22:16-18). El apóstol Pablo nos dice que «cuatrocientos treinta años» después, Dios dio el pacto de la Ley a Israel (Gálatas 3:15-17). Luego pregunta retóricamente: «¿Para qué, entonces, se dio la ley [el pacto]?». Él responde: «Fue añadida por causa de las transgresiones, hasta que viniera la Simiente a quien se refería la promesa». Gálatas 3: 19

El pacto de la Ley era «santo, justo y bueno», y fue dado por Dios para que la nación judía se diera cuenta de su propia condición caída e imperfecta, para que «el pecado... se manifestara como pecado», y para mostrar que eran incapaces de justificarse ante Dios (Romanos 7:12-14; 3:20). En otra parte, Pablo explica: «La ley fue nuestro maestro para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe» (Gálatas 3:24). El pacto de la ley tenía por objeto demostrar a Israel la necesidad de la sangre de la expiación de un redentor, Cristo y su sangre derramada, para ser justificados ante Dios.

Sacrificios en el Día de la expiación

Cuando Dios dio el Pacto de la Ley a Israel, también se dieron instrucciones precisas sobre cómo construir el Tabernáculo, junto con indicaciones sobre las ofrendas que se debían hacer allí. En el Día de la expiación anual, se hacían sacrificios que requerían el derramamiento de sangre. Levítico capítulo 16

En primer lugar, Aarón sacrificaba el «novillo de la ofrenda por el pecado» para «hacer la expiación por sí mismo y por su casa». Su sangre se llevaba al Lugar Santísimo y se rociaba «sobre... y delante del propiciatorio... siete veces». (Levítico 16:11-14). Esto apuntaba al sacrificio voluntario del hombre perfecto, Jesús, «quien se entregó a sí mismo como el rescate por todos, para ser testificado a su debido tiempo» (1 Timoteo 2:5,6). En otra parte, Pablo

afirma que «sin derramamiento de sangre no hay remisión» de los pecados. Hebreos 9:19-22

La consagración y el nacimiento del espíritu de Jesús en el río Jordán, y posteriormente su muerte y la resurrección e , eran una garantía de que, en el «momento oportuno» de Dios, las bendiciones prometidas desde hacía mucho tiempo bajo el Nuevo Pacto se harían realidad en el Reino Mesianico. Pablo escribe: «Por tanto, Jesús se convirtió en garante [en griego: promesa o garantía] de un mejor pacto», o pacto. «Por su propia sangre entró una vez en el lugar santo». Hebreos 7:22; 9:12; 10:10

El apóstol Pablo nos asegura que Jesús es la simiente prometida de la bendición. Escribe: «Las promesas fueron hechas a Abraham y a su simiente. No dice: "Y a las simientes", como de muchos, sino como de uno solo: "Y a tu simiente", que es Cristo». Gálatas 3:16

El sacrificio del macho cabrío del Señor

Se hacía un segundo sacrificio en el Día de la expiación anual de Israel. Era el «macho cabrío de la ofrenda por el pecado, es decir, por el pueblo», cuya sangre también se llevaba al Lugar Santísimo y se rociaba «sobre [...] y delante del propiciatorio», como la del novillo. (Levítico 16:15). El sacrificio del macho cabrío representa el «sacrificio vivo» de los fieles seguidores del Señor durante la actual edad evangélica, que «no se conforman a este mundo», sino que se esfuerzan diariamente por «ser

transformados» mediante la renovación de sus mentes y «determinar cuál es la voluntad de Dios: lo que es correcto, agradable y perfecto». (Romanos 12:1, 2). El sacrificio de los fieles seguidores consagrados de Cristo solo es aceptable para nuestro Padre Celestial debido al mérito del sacrificio de rescate de Jesús, representado por el sacrificio del novillo. Como explica Pablo, Dios «nos ha hecho aceptos en el Amado [Cristo]. En quien tenemos redención por su sangre» (Efesios 1:6, 7).

Hubo muchos sacrificios diferentes que Dios instituyó con Israel bajo su arreglo del Tabernáculo en el desierto. Sin embargo, solo hubo dos sacrificios cuya sangre fue llevada al Lugar Santísimo y rociada sobre y delante del propiciatorio. Estos fueron el sacrificio del novillo y el sacrificio del macho cabrío del Señor, ambos en el Día de la expiación.

Comprender el significado simbólico de estos dos sacrificios ha sido uno de los grandes «misterios» de la Biblia. Enseña que la simiente prometida de la bendición está compuesta por muchos miembros. (Efesios 5:23-32; Colosenses 1:26, 27). «Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos... pues todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si sois de Cristo, entonces sois descendientes de Abraham y herederos según la promesa» (Gálatas 3:27-29). Pablo también afirma: «El cuerpo humano tiene muchas partes, pero las muchas partes forman un solo cuerpo. Así es también con el cuerpo de Cristo» (1 Corintios 12:12).

Formación de los ministros del Pacto Nuevo

Cristo Jesús, junto con los miembros de su cuerpo, traerá bendiciones a todas las familias de la tierra bajo los términos del Nuevo Pacto. Pablo explica: «Quien también nos ha hecho aptos para ser ministros de un nuevo pacto» (2 Corintios 3:6). Nuestra preparación actual, si somos fieles hasta la muerte, nos hará aptos para asociarnos con Cristo en la administración del Nuevo Pacto al Israel natural y, finalmente, a toda la humanidad. Esta preparación es obra del espíritu santo de Dios, que tiene su ley «escrita en nuestros corazones», en nuestras vidas y en nuestra conducta. Por lo tanto, nos damos cuenta de que «por nosotros mismos no estamos capacitados para afirmar que algo proviene de nosotros. Más bien, nuestras credenciales provienen de Dios». 2 Corintios 3: -2-5

El apóstol también explica cómo los miembros del cuerpo de Cristo se desarrollan y se prueban durante la era actual bajo una característica especial del pacto de Abraham. Esta característica fue representada por Sara, la esposa de Abraham (Gálatas 4:22-31). Sara era una «mujer libre», la verdadera esposa de Abraham, quien después de muchos años de esterilidad dio a luz a Isaac, la simiente de la promesa. En el plan de Dios, la característica de Sara del pacto con Abraham era producir y desarrollar la simiente de la bendición. Esta simiente se utilizaría para bendecir a todas las familias de la tierra.

En los versículos finales del capítulo 24 del Génesis, se nos cuenta cómo Isaac, que simboliza a Cristo, se casó con Rebeca, que simboliza a los miembros del cuerpo de Cristo, la iglesia. El versículo 67 dice: «Isaac se consoló después de la muerte de su madre [Sara]». Sara representa la característica del Pacto de Abraham que está en vigor durante la edad evangélica: el desarrollo de la simiente de la bendición, el «pequeño rebaño» (Lucas 12:32). Por lo tanto, su muerte implica el fin de la edad evangélica, después de lo cual el Nuevo Pacto comenzará a estar en vigor en el reino de Cristo.

Una ciudad cuyo arquitecto es Dios

La promesa de un día mejor fue dada desde el momento en que Dios comenzó a tratar con Abraham. El apóstol escribe: «Por la fe [Abraham] habitó en la tierra prometida como en tierra extraña, morando en tabernáculos con Isaac y Jacob, herederos con él de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios». Hebreos 11:9, 10

En la Biblia, una ciudad se utiliza a menudo simbólicamente para representar un gobierno. Por ejemplo, la ciudad real de Jerusalén representa el gobierno de Israel para el pueblo judío. En los versículos anteriores, se nos dice que esta ciudad, o gobierno, que Abraham buscaba, debía tener «fundamentos», es decir, fuerza, estabilidad y permanencia. Estos fundamentos son los principios sagrados de Dios de «justicia y rectitud», «misericordia y verdad» (Salmo 89:14). El único

constructor que podía dar estas cualidades a un reino así es Dios.

En este sentido, el apóstol Juan escribió: «Yo, Juan, vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, preparada como una novia adornada para su esposo» (Revelación 21:2). A continuación, los siguientes versículos ofrecen una hermosa descripción de la obra que llevará a cabo este reino, que funcionará según los términos del Nuevo Pacto. Revelación 21: 3, 4

El mediador del Nuevo Pacto

La palabra «mediador», que significa intercesor o reconciliador, se utiliza en la Biblia solo en relación con un pacto entre dos partes. Moisés fue el mediador del Pacto de la Ley y fue un tipo o imagen de Jesús, el mediador de un pacto nuevo y mejor. Pablo escribe que Jesús «obtuvo un ministerio más excelente, por cuanto también es mediador de un mejor pacto, el cual fue establecido sobre mejores promesas» (Hebreos 8:6). Aquí se hace una comparación con el Pacto de la Ley, bajo cuyos términos la nación de Israel estaba obligada a cumplir perfectamente todos los requisitos de ese pacto para recibir la justificación y la vida. Sin embargo, debido a su condición caída, no pudieron cumplirlo. (Hebreos 8:6). Aquí se hace una comparación con el Pacto de la Ley, según cuyos términos la nación de Israel debía cumplir perfectamente todos los requisitos de ese pacto para recibir la justificación y la vida. Sin embargo, debido a su condición caída, la nación no cumplió

esos términos. Por lo tanto, nadie pudo alcanzar la vida. Romanos 3:19, 20

El apóstol continúa: «Si aquel primer pacto hubiera sido sin defecto, no se habría buscado lugar para otro. Pero al encontrar defecto, dice: He aquí, vienen días, dice el Señor, en que haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá». (Hebreos 8:7, 8). El primer pacto, el Pacto de la Ley, era una medida de la capacidad de un hombre perfecto para cumplirlo. Solo Jesús fue capaz de cumplir el Pacto de la Ley, porque solo él era perfecto. Mateo 5:17, 18

El pacto de la Ley no podía permitir que su mediador, Moisés, actuara en nombre de cada transgresor y tomara medidas para que estos pudieran finalmente cumplirlo a la perfección. Esto se debía a que el propio Moisés era imperfecto. Este pacto tampoco tenía ninguna disposición para erradicar las influencias malignas, que eran un gran impedimento para cumplir todos sus requisitos. Así, debido a la imperfección e e del pueblo, de Moisés y de muchas influencias malignas externas, se requería un pacto diferente para llevar al pueblo a una armonía y un favor plenos y duraderos con el Padre Celestial.

En cuanto al establecimiento del Nuevo Pacto, el apóstol afirma: «No será como el pacto que hice con sus antepasados cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto, porque ellos no permanecieron fieles a mi pacto, y yo me aparté de ellos, declara el Señor» (Hebreos 8:9). El Nuevo Pacto podrá reconciliar a la humanidad caída y devolverla a la

armonía con Dios durante el reino mesiánico, porque tendrá un mejor mediador, Cristo y los miembros de su cuerpo, la iglesia. (Hebreos 8:6; Mateo 19:28; Lucas 22:28-30). Juntos, «los Cristos» serán «sacerdotes» compasivos, administradores del Nuevo Pacto. Hebreos 2:11, 16-18; Revelación 20:6

El apóstol Pablo afirma: «Este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en su mente, y las escribiré en sus corazones; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo». (Hebreos 8:10). En ese momento, «ya no enseñará cada uno a su prójimo, ni cada uno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice el Señor; porque perdonaré su iniquidad y no me acordaré más de su pecado». Jeremías 31:34

Acontecimientos anteriores

Cuando se inauguró el pacto de la Ley en el Monte Sinaí, hubo truenos, relámpagos, una nube espesa, el sonido fuerte de una trompeta, humo y el monte tembló grandemente (Éxodo 19:16-18). El apóstol Pablo escribe: «La visión era tan aterradora que Moisés dijo: Estoy temblando de miedo» (Hebreos 12:18-21). Cada uno de estos elementos naturales tiene un significado simbólico. Así como estas visiones y sonidos aterradores precedieron al establecimiento del pacto de la Ley, del mismo modo, un gran tiempo de angustia en la tierra precederá al establecimiento del pacto de la Gracia.

Cada uno de estos elementos naturales tiene un significado simbólico. Así como estas imágenes y sonidos aterradores precedieron al establecimiento del Pacto de la Ley, del mismo modo, un gran tiempo de tribulación en la tierra precederá a la inauguración del Nuevo Pacto. Daniel 12:1; Joel 2:1-11; Revelación 16:18-21

El cumplimiento de las profecías bíblicas y las señales de los tiempos indican que este período de gran tribulación se acerca. Se está manifestando en «truenos», llamados a la justicia, junto con rumores de insatisfacción; «relámpagos», destellos de verdad y revelación de la injusticia; una «nube espesa», crecientes problemas y descontento; el «sonido de una trompeta», demandas de derechos, tanto reales como imaginarios; «humo», resultado del fuego simbólico de la destrucción de la anarquía; y un «terremoto», la eliminación de las instituciones sociales, financieras y religiosas humanas que no están en armonía con Dios. Hageo 2:6,7; Hebreos 12:26,27

Moisés estaba ausente de la nación judía, habiendo subido a la montaña para comunicarse con Dios, mientras la montaña se cubría de humo y temblaba. Esto sugiere, simbólicamente, que cuando los últimos miembros del cuerpo de Cristo hayan demostrado ser fieles hasta la muerte y hayan experimentado la resurrección a la naturaleza divina, entonces llegará el clímax de un gran tiempo de problemas e es, como la tierra nunca ha experimentado. Afortunadamente, esos días serán

acortados, y el reino, bajo el gobierno justo de Cristo, se establecerá en la tierra. Mateo 24: 21, 22

Representantes terrenales

Las Escrituras nos informan que Dios tendrá representantes humanos en la Tierra para administrar el Nuevo Pacto. Estos serán los fieles y santos resucitados que vivieron antes de la primera venida de Jesús, desde Abel hasta Juan el Bautista. Servirán como «jueces» y como «príncipes en toda la tierra », líderes humanos para ayudar a la humanidad. Mateo 11:11; Lucas 13:28; Isaías 1:26; Salmo 45:16

El apóstol Pablo enumera por nombre a algunos de estos fieles, y añade: «Todos ellos, habiendo obtenido buen testimonio por su fe, no recibieron la promesa, porque Dios había provisto algo mejor para nosotros, para que ellos no alcanzaran la perfección sin nosotros» (Hebreos 11:1-40). Estos hombres y mujeres de Dios sufrieron mucho por servir fielmente al Señor. Sin embargo, no fueron herederos de la simiente espiritual de la promesa. Aunque recibieron «buen testimonio por su fe», cada uno de ellos descendió a la tumba, hasta el momento en que Cristo y su iglesia estuvieran completos y se inaugurara el Nuevo Pacto. Estos antiguos dignos serán resucitados «perfectos», como lo fue Adán en el jardín del Edén. Con sus mentes y habilidades perfectas, serán ejemplos e instructores del pueblo.

Un remanente fiel

Además de los antiguos dignos, los santos profetas de Dios predijeron que habría un «remanente» fiel de judíos. Estos estarán entre los primeros beneficiarios de las bendiciones del Nuevo Pacto. (Isaías 30:19; Salmo 107:6, 28). A través del profeta Isaías, Dios nos dice que este «remanente de Jacob [Israel]» regresaría «de los cuatro rincones de la tierra». (Isaías 10:21, 22; 11:11-16). Además, a través del profeta Jeremías, Dios declara que habría una reunión de este remanente fiel, y que «habitarían en su propia tierra». Jeremías 23:1-8

Este remanente fiel de judíos finalmente se volverá y clamará al Señor para que los libere, sin confiar en los acuerdos políticos con otras naciones ni en el poderío militar humano. Entonces, en ese momento, el Señor los liberará. (Isaías 30:15, 18, 19; Zacarías 14:1-3). El profeta Zacarías escribió: «Así dice el Señor: Yo... moraré en medio de Jerusalén, y Jerusalén será llamada ciudad de la verdad», y será «maravillosa a los ojos del remanente de este pueblo en estos días... y haré que el remanente de este pueblo posea todas estas cosas. Y sucederá que, así como fuisteis maldición entre las naciones, oh casa de Judá y casa de Israel, así os salvaré y seréis bendición. [...] Estas son las cosas que haréis: cada uno hable la verdad a su prójimo; ejecutad el juicio de la verdad y la paz en vuestras puertas». Zacarías 8:3, 6, 12, 13, 16.

Continuando, el profeta afirma: «Muchos pueblos y naciones poderosas vendrán a buscar al Señor de

los ejércitos en Jerusalén, y a orar ante el Señor En aquellos días sucederá que diez hombres [que representan a todas las naciones de la tierra] tomarán de todas las lenguas de las naciones, incluso tomarán del borde de la ropa del que es judío, diciendo: Iremos contigo, porque hemos oído que Dios está contigo». (Zacarías 8:22, 23). Así, comenzando con un remanente fiel de Israel, junto con la instrucción de los Antiguos Dignos, habrá un camino de reconciliación con Dios disponible para todas las personas.

El profeta Ezequiel nos informa que Dios reunirá «al remanente de Israel» y les dará no solo «la tierra de Israel», sino también «un solo corazón» y «pondría un espíritu nuevo», su espíritu de justicia, dentro de ellos. (Ezequiel 11:17-20). Finalmente, el profeta Miqueas describe las bendiciones del Nuevo Pacto como «rocío» y «lluvias» que fluirán sobre toda la humanidad. Escribe: «El remanente de Jacob estará en medio de muchos pueblos como rocío del Señor, como lluvias sobre la hierba, que no espera al hombre ni aguarda a los hijos de los hombres». Miqueas 5:7,8

Sellado con la sangre de Jesús

En el libro de Hebreos, la inauguración del Pacto de la Ley se da como ejemplo de cómo se inaugurará el Nuevo Pacto. El apóstol señala que un pacto con Dios, como el Pacto de la Ley y el Nuevo Pacto, debe ser sellado con sangre. «Porque donde hay un pacto, es necesario que se presente la muerte de aquel que lo ratifica; porque el pacto es firme sobre

víctimas muertas, ya que nunca es válido cuando el que lo ratifica está vivo. Por lo tanto, ni siquiera el primero [el Pacto de la Ley] ha sido instituido sin sangre» (Hebreos 9:16-18). La muerte de Jesús proporcionó el mérito, o valor, de la sangre que sellará el Nuevo Pacto.

La noche en que Jesús instituyó con sus discípulos la conmemoración de su muerte, les dio la copa, invitándoles: «Bebed todos de ella, porque esta es mi sangre del Nuevo Testamento [pacto], que es derramada por muchos para el perdón de los pecados» (Mateo 26:27-28; Lucas 22:20; 1 Corintios 11:25). Aquí Jesús indicó que su muerte proporcionaría el valor o mérito para inaugurar, a su debido tiempo, el Nuevo Pacto. (Mateo 26:27-28; Lucas 22:20; 1 Corintios 11:25). Aquí Jesús indicó que su muerte proporcionaría el valor o mérito para inaugurar, a su debido tiempo, el Nuevo Pacto.

Participantes de los sufrimientos de Jesús

Los discípulos fueron invitados, al igual que todos los seguidores consagrados del Maestro a lo largo de la edad evangélica, a beber de la copa, lo que simbolizaba la aceptación del mérito del sacrificio de Cristo en su nombre. Sobre esta base, se les ha concedido el privilegio de convertirse en «partícipes de los sufrimientos de Cristo». (1 Pedro 4:13; 2 Corintios 1:7). Son «justificados por la fe» en su sangre como su Salvador. (Romanos 3:24; 5:1, 9). Estos tienen entonces la oportunidad de «morir con él», para que puedan «vivir con él», para «sufrir» con él, para que también puedan «reinar con él»,

como «reyes y sacerdotes». 2 Timoteo 2:11, 12; Revelación 20:6

El apóstol Pablo explica: «La copa de bendición, por la cual bendecimos a Dios, ¿no es acaso una participación en la sangre del Ungido? El pan que partimos, ¿no es acaso una participación en el cuerpo del Ungido? Porque hay un solo pan, nosotros, los muchos, somos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan». 1 Corintios 10:16, 17

En el libro de Hebreos, el apóstol continúa: «Cuando Moisés hubo anunciado al pueblo todos los mandamientos de la ley, tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos [...] y roció tanto el libro como a todo el pueblo, diciendo: Esta es la sangre del pacto que Dios ha establecido con vosotros». (Hebreos 9:19, 20). En esta imagen típica, la sangre de «los becerros y los machos cabríos» representa el sacrificio de Cristo, la Cabeza, y los miembros de su cuerpo.

El apóstol Pablo añade: «Así que era necesario que estas copias terrenales de las cosas celestiales fueran purificadas con estos sacrificios, pero las cosas celestiales mismas son purificadas con mejores sacrificios que estos» (versículo 23). Las «copias», o imágenes de la realidad bajo el pacto de la Ley, tenían que ser purificadas y limpiadas con sacrificios de animales: toros y cabras. Sin embargo, las «cosas celestiales» —el Nuevo Pacto y sus disposiciones— son purificadas «con mejores

sacrificios». Estos mejores sacrificios son los de Cristo y su iglesia.

El mediador del Nuevo Pacto será la clase «Cristo» resucitada y glorificada, Jesús como Cabeza junto con todos los miembros de su cuerpo. Por lo tanto, su obra mediadora de reconciliar a Dios y a la humanidad, bajo el Nuevo Pacto, no puede comenzar hasta que el último miembro del cuerpo de Cristo haya demostrado ser fiel incluso hasta la muerte . Revelación 2:10

Vemos, entonces, que el propósito del Nuevo Pacto es la reconciliación de la humanidad con Dios. Este arreglo se logró a un gran costo, mediante el sacrificio voluntario y la muerte de Jesús, el Hijo unigénito de Dios. (Juan 3:16, 17). El Nuevo Pacto demostrará así el amor y la preocupación de nuestro Padre Celestial por toda su creación humana. «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!». Romanos 11:33